

La historia social de la España Moderna: seis consideraciones*

James S. Amelang

Parece ser éste un buen momento para intentar hacer un balance y medir los progresos de la historiografía social de España entre los siglos XV y XVIII. En primer lugar, porque durante los últimos años ha crecido notablemente el interés por la historia social, como demuestra la reciente proliferación de investigación y nuevas publicaciones. En segundo lugar, porque fuera de España esta subdisciplina parece encontrarse en una encrucijada, un punto decisivo, que está dando lugar a una intensa reflexión sobre su naturaleza y su papel dentro de la historiografía en general. Como resultado de esta coyuntura, ha habido varios intentos de definir objetivos y perfilar el futuro de la «historia de la sociedad»,¹ entre los que destaca la propuesta de Charles Tilly en favor de aproximaciones más amplias y sintetizadas que entrelacen datos y enfoques monográficos y locales con cambios estructurales de gran alcance. Su proyecto, que enfatiza la incidencia del desarrollo del capitalismo y la formación del estado moderno en particular, revela la existencia de un fuerte malestar ante el estrecho empirismo que actualmente predomina dentro del sector.²

El propósito de esta charla es mucho más modesto, ya que sólo pretende ofrecer unas breves reflexiones sobre el estado actual de la historia social de la España moderna. En vez de intentar dar un repaso bibliográfico de los grupos sociales, trataré de explorar algunos de los problemas concretos que confronta el historiador de la sociedad.³ Asimismo procuraré ofrecer una visión comparativa de la historia social española, contrastándola con estudios semejantes realizados en otros países, sobre todo Inglaterra, Francia e Italia. A este fin, quisiera llamar la atención sobre seis aspectos o problemáticas específicos, particulares de la historia social de la España de los siglos XV al XVIII.

* Conferencia pronunciada en el Centro de Historia Moderna Pierre Vilar, 1988

1. En primer lugar figura la clara necesidad de emplear un vocabulario más riguroso en nuestro análisis de la sociedad, viciado por una excesiva imprecisión. Una muestra elocuente de esta falta de rigor es la utilización frecuente de palabras vacías de contenido como «paradigma», «estructura», y sobre todo, «modelo». La confusión y desatención lingüísticas entre los historiadores se deben a una serie compleja de factores. En primer lugar, es el resultado de nuestra deficiente preparación en las técnicas y (aún más importante) las perspectivas de las demás ciencias sociales. Si supiéramos más antropología, tal vez abandonaríamos la mala costumbre de referirnos a «clanes» cuando queremos indicar «linajes», o de hablar de «mafias» cuando queremos señalar la importancia del «parentesco» o las redes de influencia personal. Es tal vez indicativo que las escasas obras sobre etnografía histórica —el estudio antropológico de épocas pasadas— que se han escrito sobre la España moderna han sido casi en su totalidad obra de antropólogos, y no de historiadores. Francamente, conocemos mal la antropología, la economía y las demás ciencias sociales —ciencias, es decir, modos de conocimiento que, purgadas de su jerga disciplinar, nos podrían ser de gran utilidad.

Otro factor que contribuye a dicha confusión es el talante anti-filosófico de nuestra disciplina, caracterizada tradicionalmente por un empirismo feroz. La necesidad de una preparación teórica más rigurosa nace directamente de nuestra falta de ganas de confrontar y discutir los problemas de análisis y caracterización planteados por el estudio de la sociedad. El resultado es una profusión de obras de carácter casi exclusivamente descriptivo, que rehuye tanto el análisis como el examen sistemático del vocabulario que emplea el historiador.

2. Una segunda consideración, estrechamente relacionada con este agnosticismo conceptual, es la pobreza, por no decir inexistencia, de discusiones en torno a la articulación de la sociedad moderna en «órdenes» o «clases». Sería difícil imaginar un problema más grave en el marco de la historia social de la época pre-industrial. Sin embargo, apenas ha sido abordado en el contexto español. Este no es el lugar para intentar hacerlo, pero como mínimo quisiera comentar algunas de las ventajas y limitaciones del análisis social basado en el concepto de clase.⁴

La insistencia en la clase como la formación básica de la sociedad de los siglos XV al XVIII ha sido tal vez la contribución más significativa de la historiografía marxista a la historia moderna. Desde luego, esta aproximación no está universalmente aceptada. Por el contrario, hay una fuerte corriente dentro de la historiografía social modernista que niega la aplicabilidad de la terminología de clase a este período.⁵ Esta postura se basa en el argumento de que a diferencia de la sociedad contemporánea, la sociedad europea de la época preindustrial se articuló no a través de clases, es decir, siguiendo criterios de poderío económico o de función productiva, sino a través de órdenes o estamentos, basados en conceptos de valoración no económica. Esta corriente basa la irrelevancia del análisis de clase en la ausencia de referencias a estos factores «económicos» en los documentos

escritos por los comentaristas de la misma época. Creo que esta posición claramente nominalista encierra una doble equivocación. En primer lugar, su literalismo llevado a sus consecuencias lógicas haría imposible cualquier análisis basado en conceptos o vocablos desarrollados a posteriori. No solemos juzgar las leyes físicas del universo del s. XVI utilizando los términos de este siglo, sino con los del siglo XX. Dicho de otro modo, aunque los habitantes del universo pre-newtoniano no dispusieran del vocabulario que utilizamos hoy en día para referirnos a la ley de la gravedad, no dudamos en admitir que esa gravitación existía antes de Newton. Yo personalmente no veo por qué las ciencias sociales no pueden beneficiarse de los modos de argumentación aceptados en las ciencias naturales. En segundo lugar, este argumento no se sostiene tampoco a nivel empírico. Existen numerosas descripciones coetáneas de la sociedad moderna que hacen referencia explícita al papel jugado por las funciones productivas en la definición del status social. La práctica weberiana de separar los tres grandes determinantes de «categoría» social —el poder político, el acceso a los recursos económicos y el status social— representa una conveniencia analítica más que una realidad histórica.⁶ Durante la edad moderna resultaba sumamente difícil aislar y aún más olvidar cualquiera de estos factores.

Dicho esto, hay que reconocer que la postura «estamentista» tiene como mínimo un gran mérito, el de llamar la atención sobre la importancia del vocabulario de los ciudadanos de la época moderna como una fuente de análisis histórico. Esta aproximación representa una mejora considerable comparada con la antigua tendencia de cierta historiografía marxista clásica, a considerar los «estados», «estamentos», el «honor», y un largo etcétera como una «mistificación ideológica» de las realidades materiales de la organización social. Una perspectiva más sofisticada, como la adoptada por E. P. Thompson, permite medir mejor la relevancia del papel económico en la determinación de la «posición» dentro de la sociedad moderna, y así sacar provecho del estudio del lenguaje y el vocabulario coetáneos para conseguir un análisis específicamente clasista de la sociedad pre-industrial.⁷

Pero la gloria de la historiografía marxista también ha sido su pena. Esta tradición ha pagado un alto precio por su reiterada insistencia en el concepto de clase como la base de la formación social. Este precio ha sido la actual tendencia a cuestionar no ya la aplicabilidad de la clase como herramienta analítica, sino su *suficiencia* como concepto explicativo. Dicho de otra forma, el análisis de clase no ha progresado más allá del estudio de las categorías sociales más genéricas. El enfoque de muchos trabajos recientes de historia social ha sido muy distinto, enfatizando la importancia crucial de otras categorías y redes de relaciones sociales —el sexo, la familia, el parentesco, los grupos políticos, las asociaciones religiosas, las divisiones étnicas y raciales, e incluso las conciencias nacionales— es decir, toda una serie de articulaciones sociales no necesariamente coincidente con las divisiones de clase. Los historiadores no marxistas o claramente revisionistas han sido los que más asiduamente han explorado este terreno, mientras la negativa de muchos (aunque naturalmente no todos) historiadores marxistas a seguir estos

senderos ha producido un cierto estancamiento en sus aportaciones al campo de la historia específicamente social.

3. ¿Qué tipo de análisis social deberíamos emprender? Naturalmente, cada uno proseguirá con su tendencia; en la casa del señor hay muchas mansiones. Sorprende, no obstante, el predominio casi absoluto de aproximaciones «estructuralistas» en el estudio de la sociedad de la España moderna. Me refiero sobre todo al análisis estático y aislado de las realidades sociales, es decir, al tipo de análisis que rechaza o soslaya la importancia del cambio como dimensión crucial de la experiencia histórica. Esta visión más bien rígida de la sociedad ha sido asociada tradicionalmente con algunos de los concidísimos trabajos de la escuela de *Annales*, es decir, la tendencia historiográfica que por diversas razones ha ejercido más influencia sobre la historiografía social en España.

Un ejemplo claro de las distorsiones producidas por esta clase de estaticismo histórico se encuentra en algunas de las obras destinadas al estudio de las llamadas «estructuras familiares». Partiendo de una base de datos como los censos o padrones generales, muchos de estos trabajos identifican la familia con el número de miembros que habitan en el hogar en un momento dado, es decir, tal como vienen registrados en los mismos censos. Este tipo de interpretaciones no toma en cuenta el importante papel jugado por los parientes que habitaban fuera del hogar. Además, ignoran la manera en que la composición de la familia varía a lo largo de su «ciclo vital», siguiendo la trayectoria de la transmisión del patrimonio familiar y de la autoridad paternal de una generación a otra.⁸

Una aproximación alternativa a la historia social, puede encontrarse en un libro publicado hace poco por el historiador italiano Giovanni Levi, *La heredad inmaterial*.⁹ En este estudio fascinador de un pueblo piemontés del siglo XVII, Levi demuestra cómo la historia social pierde riqueza interpretativa cuando obliga a los individuos a representar una gama muy restringida de papeles y funciones, es decir, cuando reproduce la visión del mundo emitida por documentos de la época como censos, padrones de vecinos y listas de propietarios de bienes valorados por razones fiscales. Resulta mucho más provechosos el examen de las gentes dentro de los contextos más amplios creados por relaciones de dependencia, clientela, amistad, caridad, vecindario, y enlaces con el mundo exterior —es decir, toda una red de relaciones imprecisas pero significativas que constituyen la «heredad inmaterial» de cada ser social.

Otro ejemplo de los riesgos que se corren cuando se considera a los habitantes de la Edad Moderna como individuos aislados y no como miembros de grupos sociales más extensos se encuentra en muchos de los estudios hechos sobre los niveles de alfabetización durante esta época. Si uno enfoca la capacidad de leer como algo que da lugar al acto de lectura privada y solitaria —es decir, siguiendo la práctica de lectura como la hacemos nosotros hoy en día— pues lógicamente el «nivel» de alfabetización durante los siglos modernos, y así la capacidad de transmisión de las comunicaciones escritas, parecerán muy limitada. Pero si en vez de

considerar a las personas que sabían leer como individuos aislados, les miramos como miembros de familias, de gremios, de círculos de sociabilidad como las constituidas en tavernas o cofradías, vemos que la accesibilidad de los mensajes escritos era mucho mayor. Una consecuencia de la aceptación de este enfoque es que pone en entredicho al viejo tópico sobre el distanciamiento absoluto entre la cultura escrita de las clases dirigentes y la cultura «oral» de las clases populares.

Las limitaciones impuestas por el estructuralismo podrían solucionarse, al menos parcialmente, mediante la realización de un análisis que examine la sociedad no como algo aislado y objetivado, sino en conexión directa con las demás dimensiones de la experiencia humana. Tal vez una de las debilidades más criticadas de la historia social actual — y no sólo en España— sea su marginación de la política. Esta marginación se remonta a los mismos orígenes de la historia social; según las famosas palabras de uno de los fundadores de la subdisciplina, la historia social es «la historia de un pueblo excluyendo su política».¹⁰ En su fase más revolucionaria e innovadora, es decir, en los primeros años de la revista *Annales*, la historia social lanzó un ataque frontal a la historia política tradicional, limitada al estudio de la diplomacia, la guerra, y las instituciones de gobierno. Pero más recientemente, la historia política —o al menos algunas obras de historia política— ha sustituido esa estrechez de miras por un concepto mucho más amplio del poder y sus manifestaciones históricas, por lo que tal vez haya llegado la hora de reintegrar ésa y otras dimensiones de la experiencia histórica, en un intento de construir una verdadera historia total —total, es decir, dinámica, extrovertida, y rigurosamente abierta a las múltiples fuentes para el estudio de la experiencia histórica.

4. La cuarta problemática: la relación entre la historia local y la historia más general. La reciente proliferación de estudios históricos de dimensiones geográficas reducidas ha dado lugar a que la mayor parte de las obras de historia social escritas sobre la España moderna sean historia local. ¿Cómo calibrar esta historia? ¿Cuál es y cuál podría ser el papel de la historia local en la reconstrucción del entrono más amplio de la sociedad en general? El hecho de que cada comarca y valle tenga su asamblea de historiadores, y que cada hoja parroquial se haya convertido en revista científica —y viceversa— ha suscitado reacciones de signo muy diferente entre los historiadores «profesionales». Así, encontramos desde la romantización de la figura del abnegado erudito del pueblo hasta la frustración ante la marea incontenible de publicaciones impresionistas, carentes de rigor analítico, y de imposible homologación. Es evidente que el estudio local es un arma ambivalente, una espada de doble filo cuya riqueza y profundidad de conocimiento han sido muchas veces viciadas por una lamentable estrechez de miras.

Desde luego, nadie duda que completar los logros y suplir los defectos de la historia local permitirían un enriquecimiento mutuo de las historias «micro» y «macro». Mejorar los canales de comunicación entre los autores de historia local dentro un marco amistoso pero crítico parece ser una de las

necesidades más acuciantes. Por eso sólo se puede aplaudir iniciativas como la reciente aparición de los *Plecs d'història local* en Cataluña, una publicación periódica que se propone facilitar la comunicación entre los diversos historiadores locales para fomentar la discusión teórica de esta temática.¹¹

Tal vez un ejemplo a seguir en este campo sea el caso de Inglaterra, donde la historia local ha alcanzado un grado muy elevado de calidad y autocrítica.¹² Esto se debe no sólo a la existencia de una larga tradición de estudios «anticuarios» —tradición plasmada en los múltiples *Record Offices* y editoriales a nivel de *country*— sino también a otros factores dignos de consideración. Entre ellos cabe señalar la existencia de revistas especializadas cuya misión incluye la elaboración de métodos aplicables a estudios de dimensión local, como por ejemplo *Local Population Studies*, revista de demografía local de altísima calidad que asume la labor didáctica como parte esencial de su tarea científica. Otra táctica integradora ha sido la política de coordinación de esfuerzos locales a través de proyectos de más largo alcance. En este sentido impresiona el éxito gozado por el Cambridge Group for the History of Population and Social Structure en su campaña para reunir equipos de viejecitas, curas de pueblo y numerosos otros aficionados a la historia local en una tarea común: nada menos que el estudio comparativo a nivel parroquial de la composición de las familias en la Inglaterra moderna a través de la aplicación del método de la reconstrucción familiar.¹³ Proyectos como este no sólo producen bases de datos mucho más amplias que las que podrían recavar investigaciones profesionales trabajando en grupos pequeños y normalmente limitados a las áreas próximas de la universidad, sino que también enriquecen los conocimientos y métodos empleados por los mismos historiadores locales, ahora alentados a mirar más allá de los horizontes de su pueblo o parroquia. No hace falta decir que esos aficionados han hecho aportaciones originales que van más allá de la mera recogida de datos, buena muestra de lo cual son los estudios hechos a nivel local sobre la transmisión e impacto de la peste bubónica en Inglaterra a mediados del siglo XVII.¹⁴

En resumen, la historia local es un enfoque historiográfico poseedor de muchas virtudes, pero que también tiene sus vicios: una estrechez de horizonte intelectual, la tendencia a primar el detalle local por encima de explicaciones históricas más ambiciosas e incluso una cierta romantización de la sociedad local (constituida en muchos casos por los antepasados del mismo historiador y sus vecinos). Tal vez la única arma fiable contra estas limitaciones sea la comparación con otros estudios de ámbito local en otras áreas geográficas. Proyectos que integren ambas dimensiones, micro y macro, en un esfuerzo colectivo podrían beneficiarnos a todos, mejorando nuestro conocimiento de la realidad más directa e intensamente vivida por la gran mayoría de la gente de la época moderna.

5. Esto nos lleva a una penúltima consideración: la de la desatención por parte de la historiografía social modernista española hacia una larguísima lista de temas específicos —temas que en la mayor parte de los casos han

gozado de un trato extenso, por no decir preferente, en la historiografía extranjera. Faltan en primer lugar estudios sistemáticos de las distintas clases sociales, tanto a nivel monográfico como de síntesis general.¹⁵ Los pocos estudios que existen muestran además un claro desequilibrio de preferencias. La nobleza y las clases dirigentes han disfrutado de la buena suerte de haber sido perfiladas en obras tan ricas como las de Antonio Domínguez Ortiz.¹⁶ Por desgracia, no se puede decir lo mismo ni de la burguesía —mejor dicho, las diversas burguesías peninsulares— ni de las clases populares, tanto en el ámbito urbano como en el rural.

La situación mejora sólo un poco cuando pasamos al estudio de las formas no clasistas de estratificación social, la más importante de las cuales es la división sexual. Aunque en la actualidad disponemos lamentablemente de pocos estudios sobre las mujeres españolas de la Edad Moderna, no cabe duda de que éste es un campo que ha atraído bastante interés últimamente, como lo demuestra, por ejemplo, el elevado número de comunicaciones presentadas en los congresos de historia de la mujer celebrados recientemente en Madrid, Barcelona y Alcalá de Henares. Desafortunadamente, no se puede decir lo mismo de otros grupos sociales, como los de base étnica y/o religiosa. Destaca la inexistencia de trabajos sobre, por ejemplo, los judeoconversos como grupo social, al menos en comparación con la mayor abundancia de estudios sobre la otra gran minoría étnica, los moriscos. La falta de atención prestada por los historiadores hacia aquel grupo social es tan destacable como el fenómeno contrario, la auténtica «caza de conversos» que se produjo hace unos años entre los estudiosos de la literatura del Siglo de Oro.¹⁷

Pero quizás la ausencia más destacable ha sido la del estudio de las relaciones sociales entre y dentro de estos grupos sociales. Naturalmente, hace falta reconocer que la mayoría de las fuentes más fácilmente disponibles favorecen el análisis interno y estático de las «estructuras» sociales. En consecuencia, la mayor parte de los estudios no traspasa este nivel de análisis social, abandonando el examen de las solidaridades y los conflictos, las distancias y las compenetraciones en el tejido social. En estas áreas de estudio existe un vacío casi completo, lo cual contrasta con las tendencias actuales de la historiografía extranjera.

Lo anteriormente expuesto es fácilmente contrastable cuando acometemos el estudio de cualquiera de los temas más importantes en el campo de las relaciones sociales como, por ejemplo, la movilidad social, tanto horizontal como vertical. Es cierto que el estudio de la movilidad horizontal o geográfica ha empezado a atraer la atención de los interesados en la demografía histórica, pero resulta lamentable que a pesar de la próxima celebración del Quinto Centenario, contemos con tan pocos estudios detenidos del impacto de la emigración hacia el Nuevo Mundo en las áreas de origen, sobre todo Extremadura y Andalucía.¹⁸ En cuanto a la movilidad vertical —cambio de profesión y/o de estamento o status social— creo que se puede decir con toda seguridad que no existe ningún estudio de esta problemática siguiendo las líneas ya trazadas en el resto de Europa.¹⁹ Esto es

especialmente lamentable cuando se recuerda la gran abundancia de tópicos existentes sobre la falta de movilidad en diversos períodos de la Edad Moderna en España. Los sondeos muy parciales hechos sobre el ennoblecimiento en Castilla y en Cataluña en el siglo XVII sugieren que es precisamente durante la época que Pierre Chaunu ha relacionado con un «rechazo colectivo de la movilidad» cuando se produjo el mayor acceso a la nobleza.²⁰ Naturalmente, el ennoblecimiento es sólo un tipo de movilidad vertical, pero estoy seguro de que estudios más profundos y exhaustivos nos reservarán otras muchas sorpresas similares.

Otro tema de gran importancia dentro del ámbito de las relaciones sociales es el de la sociabilidad, un área de investigación que ha atraído mucho interés entre los historiadores franceses en particular, especialmente a partir de los estudios realizados por Maurice Agulhon sobre la Provenza del XVII al XIX.²¹ En contraste con aquellos, los estudios españoles sobre la sociabilidad «formal» —por ejemplo, la historia de los gremios y las cofradías— abordan principalmente los aspectos institucionales y económicos de estas organizaciones en vez de sus vertientes sociales. Así, nos encontramos con que no disponemos ni de un sólo estudio histórico, al menos del que yo tenga constancia, sobre, por ejemplo, la composición social de una cofradía de devotos durante la época moderna, a pesar de la importancia que alcanzaron las colectividades dedicadas a la penitencia pública en aquella época.

Otro aspecto de la historia de la sociabilidad es la vida colectiva informal. Esta incluye campos tan diversos como la historia de la recreación y los pasatiempos, la reconstrucción de las pautas de residencia (tema de gran actualidad en la historiografía urbana moderna de Inglaterra y Francia), y la reconstrucción de las redes de amistad y conocimientos personales.²² También forma parte de esta temática el análisis histórico del patrocinio y de las relaciones de clientela. El interés de este tipo de estudio radica en la gran importancia de estas relaciones dentro de la sociedad moderna —importancia tan central que, como dice un estudioso pionero en este tema, «se diría que la sociedad en su conjunto se configura como un complejo entramado de pequeñas pirámides escalonadas» entrelazadas «en una relación sincronizada de mutuas obligaciones».²³

Las fraguas de estas lealtades sociales —verticales (interclases) u horizontales (dentro del mismo grupo o clase— eran múltiples y variadas. De entre ellas sólo los núcleos sociales más importantes —la familia, el parentesco y el compadrazgo— han empezado a recibir la atención que merecen por parte de los historiadores de la sociedad, mientras que han quedado en el olvido otras como el vecindario, las parroquias y colaciones²⁴ y las relaciones establecidas por la caridad y el intercambio de bienes y regalos. Y por ende, no deberíamos olvidarnos de la importancia del estudio de los comportamientos tanto públicos como privados —por ejemplo, la criminalidad, la «desviación» y un largo etcétera.

Hay muchas otras facetas de la historia social que merecen más atención de la que han recibido hasta ahora. Poco o nada sabemos del perfil social de

la actividad política de la época, ni de la composición de los movimientos políticos —es decir, la parte de la historia social cuyo enfoque más específico es la movilización y el comportamiento políticos, tema tradicional de la ya clásica historia social de Hobsbawm, Rudé, Lefebvre y otros. Tampoco sabemos mucho del mundo del trabajo fuera de sus dimensiones estrictamente económicas —la vida del taller, las relaciones entre los distintos niveles gremiales, la organización del tiempo y horario de trabajo, y su relación con el tiempo fuera del mundo laboral, sobre todo festivo. Queda por explorar además el discurso social, es decir, las interpretaciones y representaciones de la sociedad, estudiadas por primera vez por José Antonio Maravall. Y no hace falta decir que existe una historia social de tantas otras disciplinas —del derecho, de la medicina, el arte y la arquitectura, la vivienda, las ciencias, la alimentación y la cocina, la indumentaria, la cultura material, la religión y las creencias y prácticas espirituales— toda una gama de temas que hasta ahora ha recibido poquísima atención en la historiografía española.

6. Una última problemática a tratar es la planteada por la proveniencia y variedad de las fuentes utilizadas. A estas alturas no deja de ser un tópico el subrayar la necesidad de superar la tendencia anticuada de estudios con enfoques meramente institucionales y corporativos —es decir, la necesidad de estudiar los artesanos tanto fuera como dentro de los gremios, o los miembros de las profesiones liberales más allá de los colegios de abogados o médicos. Existe también un cierto consenso sobre la conveniencia de meditar y sopesar con más detenimiento la utilización de las fuentes literarias. Una buena parte de la generación anterior a la nuestra mostró un fuerte rechazo hacia el uso de la literatura como fuente histórica, lo cual era natural dada la tendencia imperante a escribir historia social cogiendo una frase del *Quijote* aquí, y otra del *Lazarillo* allá (una práctica que, por desgracia, no ha desaparecido del todo). Pero mientras esta reacción en contra del uso «literal» de la literatura como evidencia de realidades históricas merece nuestro aplauso, no creo que debamos dar la espalda a documentos tan fascinantes como, por ejemplo, las novelas picarescas. Si no deberían servir como evidencia en el sentido estricto de la palabra, sí es cierto que las obras literarias tienen un gran poder sugestivo e ilustrativo. ¿Por qué prescindir de los enigmáticos chistes sobre los plateros «confesos» (convertos) de Barcelona en *Guzmán de Alfarache*? ¿O las divertidas descripciones de los caballeros sevillanos en el *Bachiller Trapaza*?²⁵ Creo que si aplicamos las debidas precauciones, podríamos aprender muchísimo de la producción literaria sin caer en los abusos de antaño.²⁶

De modo semejante, queda mucho sitio para la incorporación de fuentes aún más íntimas y personales. Por desgracia todavía reina el tópico orteguiano sobre la falta de materias autobiográficas en la España Moderna. Aunque hay muestras que indican que los tiempos están cambiando,²⁷ no dejan de sorprender que casi nadie escriba historia social utilizando textos tan ricos como el diario del abogado barcelonés Jeroni Pujades, la crónica del jesuita andaluz Pedro de León y muchos otros. Sorprende y decepciona,

porque es difícil imaginar otra serie de fuentes tan sugerentes como estos escritos íntimos y personales.

Quisiera acabar disculpándome si al hablar de los problemas que afectan al campo de la historia de la sociedad moderna, he dejado una visión o impresión negativa. Si así fuera, me gustaría ahora rectificarla. Hay muchos indicios de vitalidad y transformación en esta subdisciplina, como son la creación de nuevos centros y equipos de investigación²⁸ y la fundación de nuevas revistas especializadas en esta materia.²⁹ Estas iniciativas aportan señas de identidad cuya ausencia en el pasado ha frustrado una clara toma de posiciones en favor de la historia de la sociedad, obstaculizando así la renovación de la historiografía española en general. Incluso tal vez el problema fundamental en este campo —y otra vez no sólo en el caso español sino también en el extranjero— es que los resultados producidos por la historia social hasta ahora no se han correspondido, salvo excepciones importantes, con el potencial tan enorme de la disciplina.

Este potencial tiene al menos dos puntos de apoyo. El primero es la extraordinaria riqueza de la documentación histórica de España. Cuando se piensa en fuentes tan ricas como los censos castellanos de los años sesenta del siglo XVI, las «relaciones topográficas», los documentos notariales del litoral mediterráneo, la abrumadora cantidad de documentación judicial (no cabe duda de que España tiene los archivos criminales más infra-utilizados de toda Europa) y sobre todo los incomparables documentos producidos por la Inquisición, se da uno cuenta enseguida de las amplias posibilidades de esta temática.

El otro punto de apoyo proviene de la misma naturaleza de esta subdisciplina, es decir, el hecho de que la historia social siempre puede —y debe, creo yo— volver a sus raíces revolucionarias. La fundación de una nueva revista de historia moderna por una asociación que ostenta el nombre de Pierre Vilar, símbolo de la historia moderna entendida como una manera abierta, crítica y constantemente innovadora, brinda una oportunidad excepcional para la renovación de nuestros conceptos, nuestros esquemas y sobre todo nuestras prácticas como estudiantes del pasado. Por eso es tan necesaria la historia social, una historia constantemente en construcción gracias a su insistencia sobre la obligación de criticar la insuficiencia de cualquier visión parcial de pasado. Gracias a este talante crítico, es una historia que por definición revisa tópicos de tirios y troyanos, de derechas e izquierdas. Es una historia que reincorpora, incluso reivindica, clases, grupos e individuos marginados no sólo por la sociedad, sino por la estrechez de miras de muchos estudiosos del pasado. Es la historia que más activamente combate contra la historiografía tradicional, una historiografía que nunca ha perdido sus posiciones de fuerza, y que incluso está volviendo a la ofensiva por diversas vías. Es, en fin, una historia sumamente prometedora, que tiene la capacidad de hacer aportaciones fundamentales a nuestra primera responsabilidad como historiadores, que es la de procurar un conocimiento más profundo del pasado. Gracias a la historia social, las cosas han cambiado. A lo largo de este ensayo he argumentado, sin

embargo, que no han cambiado bastante. Nos queda mucho, casi todo, por hacer.

NOTAS

- ¹ Eric Hobsbawm defiende la superioridad de esta denominación en el ensayo «From Social History to the History of Society», en FD. Gilbert y S. R. Graubard, eds., *Historical Studies Today* (Nueva York 1972), pp. 1-26.
- ² C. Tilly, «Retrieving European Lives», en O. Zunz, ed., *Reliving the Past: The Worlds of Social History* (Chapel Hill 1985), pp. 11-52.
- ³ Amplias referencias bibliográficas en P. Molas, «La historia social de la España moderna», en V. Vázquez de Prada et al., *La Historiografía en Occidente desde 1945: Actitudes, tendencias y problemas metodológicos* (Pamplona 1985), III, pp. 299-326.
- ⁴ Resulta sorprendente la ausencia de discusión sobre una cuestión tan importante para la historiografía de la Europa moderna en general. Unas consideraciones preliminares en: C. E. Labrousse et al., *Ordenes, estamentos y clases: Coloquio de historia social... 1967* (Madrid 1978); R. S. Neale, *Class in English History, 1680-1850* (Oxford 1981); P. Calvert, *The Concept of Class: An historical introduction* (Nueva York 1982), especialmente caps. 1-4; y R. S. Neale, ed., *History and Class: Essential Readings in Theory and Interpretation* (Oxford 1983).
- ⁵ El que más tenazmente ha defendido esta postura ha sido Roland Mousnier; la exposición más digerible de su argumento está en *Social Hierarchies, 1450 to the Present* (Nueva York 1973; traducción castellana, Buenos Aires 1972). Comentarios sobre su inspiración en la sociología funcionalista norteamericana en A. Arriaza, «Mousnier and Barber: The Theoretical Underpinning of the 'Society of Orders' in Early Modern Europe», *Past and Present*, 89, 1980, pp. 39-57.
- ⁶ M. Weber, «Class, Status, Party», en H. H. Geth y C. Wright Mills, eds., *From Marx Weber: Essays in Sociology* (Nueva York 1974), pp. 180-195 (existe una traducción española: *Ensayos de sociología contemporánea*, [Barcelona 1972]). Estas páginas aparecieron por primera vez en *Wirtschaft und Gesellschaft* (Tuebingen 1922), III, pp. 631-640.
- ⁷ El creciente interés en el «vocabulario social» de la época moderna ha empezado ya a dar buenos resultados. Véanse por ejemplo varios de los ensayos en la antología editada por P. Burke y R. Porter, *The Social History of Language* (Cambridge 1987), y en particular la introducción de Burke (pp. 1-20). De especial interés para el caso castellano es el artículo divulgativo de I.A.A. Thompson, «Hidalgo and Pechero in Castille», *History Today*, 37, enero 1987, pp. 23-29.
- ⁸ Esta observación es de especial relevancia en el caso de la famosa «famille-souche» que predominaba en muchas partes del Norte de España. La atención a este sistema de parentesco y herencia constituye una de las aportaciones más originales de la clásica obra de F. Le Play, *L'organisation de la famille selon le vrai modèle signalé par l'histoire de toutes les races et tous les temps* (Paris 1871). Una lúcida

explicación de los riesgos de la utilización de censos para la historia de la familia en L. Berkner, «The Stem Family and the Developmental Cycle of the Peasant Household: An Eighteenth-Century Austrian Example», *American Historical Review*, 77, 1972, pp. 398-418, y su «The Use and Misuse of Census Data for the Historical Analysis of Family Structure», *Journal of Interdisciplinary History*, 5, 1975, pp. 721-738.

- ⁹ G. Levi, *L'eredità immateriale: carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento* (Turín 1985).
- ¹⁰ «Social History might be defined negatively as the history of a people with the politics left out»: G. M. Trevelyan, *English Social History: A Survey of Six Centuries. Chaucer to Queen Victoria* (Nueva York 1942), p. vii. Otras críticas del supuesto «apoliticismo» de la historia social en T. Judt, «A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians», *History Workshop*, 7, 1979, pp. 66-94, y E. Fox y E. Genovese, «La crisis política de la historia social: la lucha de clases como objeto y como sujeto», *Historia social*, 1 1988, pp. 77-110.
- ¹¹ Los *Plecs* comenzaron a ser publicados como suplemento de la revista *L'Avenç* en febrero de 1986. Para unos comentarios sobre la historia local en el contexto catalán, véase J. Fontana, E. Ucelay Da Cal y J. M. Fradera, *Reflexions metodològiques sobre la història local* (Gerona 1985).
- ¹² La bibliografía inglesa sobre este método de investigación histórica es abrumadora. Introducciones útiles se encuentran en P. Riden, *Local History: A Handbook for Beginners* (Londres 1983), y W. G. Hoskins, *Local History in England* (Londres 1984³). Para una perspectiva más continental véase C. Violante, *La storia locale. Temi, fonti e metodi della ricerca* (Bologna 1982).
- ¹³ Los primeros resultados del Grupo de Cambridge (fundado en 1964) fueron resumidos en E. A. Wrigley y R. S. Schofield, *The Population History of England, 1541-1871: A Reconstruction* (Londres 1981), y la tercera edición de P. Laslett, *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo* (Madrid 1987).
- ¹⁴ *The Plague Reconsidered: A New Look at its Origins and Effects in 16th and 17th Century England* (Matlock 1977).
- ¹⁵ Buena muestra de esta laguna es la ausencia casi absoluta de prosopografías, es decir, biografías colectivas de grupos sociales específicos. La mayor parte de los estudios realizados sobre casos españoles ha sido impresionista y construida sobre una evidencia bastante limitada, un peligro ya advertido por Lawrence Stone en su ensayo «Prosography», en Gilbert y Graubard, *Historical Studies Today*, pp. 107-140. De todos modos, no quisiera dar la impresión de estar viendo la paja en el ojo ajeno mientras ignoro la viga en el propio. Buen ejemplo del contraste entre lo que se podía haber hecho y lo que se hizo es mi reciente estudio sobre la clase dirigente barcelonesa en los siglos XVI y XVII. La extraordinaria riqueza de las fuentes notariales catalanas habría permitido un estudio muy detallado de las relaciones familiares, los enlaces matrimoniales y la constitución de patrimonios familiares a través de transmisiones de una gran variedad de bienes —todos aspectos apenas tocados en el libro. *Mea culpa*.

- ¹⁶ A. Domínguez Ortiz, *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen* (Madrid 1973). Un repaso bibliográfico más reciente se encuentra en el primer capítulo de I. Atienza Hernández, *Aristocracia, poder y riqueza en la España moderna: la Casa de Osuna* (Madrid 1987), pp. 9-70.
- ¹⁷ Se están produciendo algunos nuevos estudios que aproximan a los conversos como grupo social; véase por ejemplo J. Contreras «Criptojudaismo en la España moderna: clientelismo y linaje», *Areas*, 1987, pp.; y R. Carrasco, «Preludio al 'siglo de los portugueses». La Inquisición de Cuenca y los judaizantes lusitanos en el s. XVI», *Hispania*, 47 (166), 1987, pp. 503-560.
- ¹⁸ Una excepción notable es la tesis doctoral de Ida L. Altman, «Emigrants, Returnees and Society in Sixteenth-Century Cáceres», John Hopkins University 1981, de próxima publicación por la University of California Press.
- ¹⁹ Me refiero al clásico artículo de Lawrence Stone, «Social Mobility in England, 1500-1700», *Past and Present*, 33, 1966, pp. 16-55. Véase también el interesante estudio de A. Sharlin, «From the Study of Social Mobility to the Study of Society», *American Journal of Sociology*, 85, 1979, pp. 338-360.
- ²⁰ P. Chaunu, «La société espagnole au 17^e siècle: sur un rébus collectif de mobilité», *Bulletin hispanique*, 68, 1966, pp. 104-115. La misma tesis se sostiene en referencia a la nobleza en J. A. Maravall, *Poder, honor y élites en el siglo XVII* (Madrid 1979). Otra cronología de ennoblecimiento se encuentra en I. A. A. Thompson, «The Purchase of Nobility in Castille, 1552-1700», *Journal of European Economic History*, 8, 1979, pp. 313-360, y J. S. Amelang, *La formación de una clase dirigente: Barcelona 1490-1714* (Barcelona 1986), pp. 67-76.
- ²¹ Véase sobre todo *Pénitents et franc-Maçons de l'ancienne Provence* (Paris 1968). Resulta sumamente útil el reciente ensayo bibliográfico de E. François y R. Reichart, «Les formes de sociabilité en France du milieu du 17^e au 19^e siècle», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 34, 1987, pp. 453-472.
- ²² Si pudiera escoger un ejemplo que demuestre las muchas posibilidades que presenta esta temática, resaltaría el fascinador libro de Samuel K. Cohn, Jr., *The Laboring Classes in Renaissance Florence* (Nueva York 1980). Este libro explora el contraste entre la sociabilidad popular y la de la élite florentina antes y después de la revuelta de los *Ciampi* (1378).
- ²³ Contreras, «Criptojudaismo». El libro del mismo autor *El Santo Oficio de la Inquisición en Galicia: Poder, sociedad y cultura* (Madrid 1982) contiene el análisis más logrado del clientelismo en la España moderna.
- ²⁴ Es especialmente llamativa la inexistencia de estudios sobre los consejos y obrerías de las parroquias, órganos que muchas veces tuvieron gran incidencia a nivel local y popular. Una buena introducción a la parroquia como entidad administrativa en J. Fariña Jamardo, *La parroquia rural en Galicia* (Madrid 1981²).
- ²⁵ Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache* (1599/1605), II, cap. 10; Alonso de Castillo Solórzano, *Las aventuras del Bachiller Trapaza* (1637), caps. 10-12. Unos comentarios generales sobre el uso de la literatura como fuente histórica en P.

Laslett, «The Wrong Way through the Telescope: A Note on Literary Evidence in Sociology and in Historical Sociology», *British Journal of Sociology*, 27, 1976, pp. 319-342.

- ²⁶ Un ejemplo espléndido (e infravalorado) de historia social basada en gran parte en fuente literarias es la tesis doctoral de N. Salomon, *Lo villano en el teatro del Siglo de Oro* (Madrid 1985).
- ²⁷ Entre estos indicios figuran ediciones recientes de diarios y memorias de campesinos, artesanos, tenderos y mercaderes. Una lista no exhaustiva incluiría: J. Geli y M. A. Anglada, eds., *Memòries d'un pagès del s. XVIII* (Barcelona 1978), del campesino Sebastià Casanovas; A. Pladevall i Font y A. Simón Tarrés, eds., *Guerra i vida pagesa a la Catalunya del s. XVII* (Barcelona 1986), del campesino Joan Guàrdia; T. Amorós, *Mallorca 1740-1800: Memòries d'un impressor*, ed. C. Simó (Montserrat 1983); V. Pérez, *Diario de Valladolid*, ed. T. Egido (Valladolid 1983), de un ensamblador del s. XVIII; F. Morales Padrón, ed., *Memorias de Sevilla: Noticias sobre el s. XVII* (Córdoba 1981), del tendero Andrés de la Vega; y M. Bustos Rodríguez, ed., *Un comerciante saboyano en el Cádiz de Carlos II. Las memorias de Raimundo de Lantery. 1673-1700* (Cádiz 1983). Estos documentos ofrecen una rica perspectiva «desde abajo»; sin embargo, su incorporación en estudios de historia social sigue siendo lamentablemente escasa.
- ²⁸ Por ejemplo, han empezado a realizarse trabajos muy prometedores en el círculo murciano de investigadores sobre la historia de la familia y en el Equipo Madrid de historia urbana.
- ²⁹ Me refiero sobre todo a la revista *Historia Social*, publicada por la UNED-Alzira, cuyo primer número salió en primavera-verano 1988.

JAMES S. AMELANG
Universidad de Florida

Resumen: *las líneas precedentes señalan una reflexión comedida sobre determinados aspectos que sugiere el análisis de la trayectoria seguida en nuestro país por la Historia Social en comparación con la historiografía europea, como la necesidad de un mayor rigor terminológico, un debate fecundo en torno a la aplicabilidad del concepto de «clase» o «estamento» durante el Antiguo Régimen, la superación de aproximaciones excesivamente «estructuralistas» y poco dadas al énfasis sobre los cambios que se operan en la sociedad, la mejora en la colaboración entre la historiografía local y académica en favor de la ampliación recíproca de conocimientos o la valoración de nuevos temas y fuentes hasta la fecha poco valorados, son algunos de los elementos aportados por el autor.*

Summary: *The precedent lines make a moderate reflection about certain aspects appeared through the analysis of the trajectory followed by the Social History in our country in comparison with the European*

historiography. Suggestions as: the need of much more terminological rigour; a productive debate about the possibility of application for the concept of «clase» or «estamento» during the Ancient Regime; to overcome too many «structuralist» approximations, not much done to put emphasis over the changes produced on the society; an improvement in the collaboration between the local and the academic historiography to favour a reciprocal enlargement of knowledges or the valuation of new thematics and sources until now not much valued. All these are some of the elements that the author bring to us.